

Con motivo del fascículo 50



“Se ha hecho más caso del relato de tal o cual hazañosa empresa de nuestro siglo de caballerías que a la constitución rural de los repartimientos de pastos en tal o cual olvidado pueblecillo. Nos han llenado la cabeza de batallas, expediciones, conquistas, revoluciones y otros líos semejantes, sin dejarnos ver lo que en la superficie pasaba entre tanto... Hemos oído en lontananza el eco de los cascos de los caballos árabes al invadir España, y no el silencioso paso de los bueyes que a la vez trillaban las parvas de los conquistados, de los que se dejaron conquistar”.

(Carta de Unamuno a Ganivet).

No es momento todavía de pretender conclusiones sobre “HOMBRES, LUGARES Y COSAS DE LA MANCHA”, porque no es definitiva; es imprevisible por dónde nos va a salir D. Rafael en los próximos fascículos. Condición quizá la más sublime de su obra, pues de espontánea que está resultando se hace sugestiva, sorprendente y, sobre todo, amorosa. Así se explica la vitalidad con que está entrando en años, a pesar de los achaques propios de una vida tan dependiente del pan ajeno; sin que quede rebajado el tesón del autor, que es mucho, debemos resaltar la generosa aportación de quienes han respondido a la llamada, dando cada cual en la medida que tenía. Y como siempre nos ha de parecer superable el apoyo prestado, y nunca suficientemente agradecido, me atrevo a pedir otro empujón para llegar por lo menos al número centenario en esta remembranza de la vida alcazareña, que si de todos los pueblos se hiciera algo semejante, otro sería el conocimiento que de España tendríamos y más clarificado estaría el angustioso y precipitado afán de estos años buscando la identidad de sí mismos, para que los movimientos autonomistas no sean saltos en el vacío.

Si bien no entraremos en el balance de las conclusiones, sí es posible ir reconociendo el terreno; después vendrá el laboreo, a la medida del esfuerzo hecho público a partir de 1951 con el primer fascículo, aunque a D. Rafael este asunto debió rondarle por la cabeza mucho antes.

Veamos en primer lugar la apostilla marginal “Apuntes para un estudio médico-topográfico de la comarca”.

Admitiendo que desde el principio hubiera tenido la intención de hacer tal estudio, necesariamente tuvo que recurrir a crearse un banco de datos: hacer archivo era su primer paso. El, en su función de médico y vocación de caminante, llegó a ensimismarse de tal manera, que la obra se le hizo necesaria, tenía que afrontarla. Y se echó a la arena, avisando que lo publicado “de momento” era sólo la preparación de lo que habría de venir. Pero ocurrió lo inesperado, el toque fortuito que surge en la obra creativa: que ya vamos por el 50 de “Apuntes”, con cuerda y papeles para otros tantos. El primer sorprendido es él, claro, y nos alegramos de esta circunstancia, pues si hace tiempo se le hubiera ocurrido cortar por lo sano y lanzarse al estudio supuestamente pretendido, nos habría privado de la documentación con que nos obsequia en cada entrega, acumulada sin saber muy bien cómo, gracias a su condición de testigo directo de aquellos años, observador poco común, con un “ojo clínico” abierto a cualquier amago del día o de la noche, narrador